

Historia y filosofía de las ciencias de Narciso Vilaró

Carlos Rojas Osorio
Catedrático-Departamento de Humanidades
UPR-Humacao

Celebramos la publicación que el profesor y amigo Narciso Vilaró Canals hace de un arduo trabajo investigativo de más de una década. Este trabajo se intitula *Historia y filosofía de las ciencias, desde la antigüedad hasta el siglo XXI*. El título indica bien el contenido del libro; no es solo historia de las ciencias, sino al mismo tiempo y con el mismo ritmo filosofía de las ciencias. Es decir, Vilaró va exponiendo las conquistas científicas de la mente humana junto con la manera como la filosofía va interpretando la ciencia en cada período y cada época de la historia. La impresionante erudición histórico-científica va acompañada de su concomitante reflexión filosófica. Y Vilaró se muestra seguro expositor e intérprete tanto de lo uno como de lo otro. Es imposible dar cuenta en esta breve reseña la complejidad y riqueza del material histórico científico examinado y tampoco es posible exponer la complicada red de teorías filosóficas de las ciencias. Voy, pues, a reparar en la lectura que el propio Vilaró hace del modo de proceder de la ciencia.

Lo primero que sobresale en la interpretación de la ciencia que hace Vilaró es el antidogmatismo. Los escépticos antiguos denominaban dogmática a una posición filosófica que pretendía que la verdad está ya ahí; ya ha sido descubierta y no hay más que propagarla. En cambio, los escépticos

defendían que la verdad es investigación. Precisamente porque la verdad no está dada, hay que investigar y en ese proceso es posible que hallemos algunas verdades. *Skepsis* es actitud de duda pero también de indagación y, sobre todo, de darnos la suficiente libertad y *ataraxia* para esa búsqueda sin que perturbe nuestro ánimo. Vilaró es muy explícito en negar toda verdad dogmática y aseverar la probabilidad en la que nos movemos siempre en el terreno del conocimiento. “Es evidente que las ciencias experimentales no están en posesión de ninguna verdad absolutamente definitiva y probada. Se puede decir que, a través de los errores e inexactitudes iniciales que luego poco a poco tratan de reducir, las ciencias se van acercando tentativamente a lo que solemos llamar “la realidad de las cosas”. (2007: XVI). Asimismo, dentro de esta perspectiva anti-dogmática se muestra nuestro autor reacio a la interpretación que hace el realismo metafísico o el realismo científico de la verdad en la ciencia. “Platón es el introductor en nuestra cultura occidental de la extraña perspectiva de que el ser característico de cada cosa, la esencia de cada ente o cada entidad, no está en ellos mismos, sino fuera, muy lejos, en un ámbito extra-cósmico, inmaterial, metafísico, al que sólo el intelecto humano trabajosamente vislumbra”. (47) Por paradójico que parezca, nos dice Vilaró, que el materialismo del realismo

científico de Demócrito de Abdera no estaría muy alejado del idealismo de Platón, pues ambos proceden de la metafísica de Parménides y afirman un conocimiento de la realidad que dan como verdad acabada.

En Aristóteles percibe Vilaró también un realismo metafísico. “No podemos estar seguros de que por medio de la abstracción, alcancemos las esencias de las cosas mismas, lo que ellas son. Concebir es formar en nuestra mente una idea, un concepto, un ‘significado’, que no es una reproducción exacta de la cosa a que se refiere (referente), sino que es algo que la ‘representa’, la sustituye en nuestra mente, y que puede estar más o menos relacionado con aquella”. (59). En Aristóteles no sólo percibe y critica el realismo, sino que Vilaró detecta también el racionalismo en su filosofía de la ciencia quien pretendía una axiomática deductivista para las teorías científicas. Deductivismo que ha cautivado a los científicos y epistemólogos hasta el día de hoy. “El pretendió establecer unos ‘primeros principios’ totalmente ciertos que actuaban a modo de axiomas universales, de los cuales se pudiesen deducir lógicamente el resto de los conocimientos aceptables. Este enfoque persistió hasta el siglo XVII, en que a partir de Galileo, con dudas y vacilaciones, se empezó a adoptar progresivamente el procedimiento basado en hipótesis”. (62)

Este cuestionado racionalismo lo vuelve a encontrar Vilaró en Descartes. “Uno de los puntos en que más insistía nuestro filósofo es que los principios científicos surgen y se deducen estrictamente de la metafísica. Sin

embargo, si analizamos cuidadosamente el proceder deductivo de Descartes, descubrimos que su concepto de la deducción no era muy preciso, y él se permitía interpretarlo de algunas maneras que hasta hoy han provocado discusiones entre sus críticos”. (192) En efecto, son varios los estudios que han hecho notar que no hay una secuencia deductiva en la derivación de la física con respecto a los principios metafísicos. Uno de los argumentos de Descartes es que de ser posibles varias hipótesis para explicar los hechos, es necesario recurrir a la experiencia para ver cuál los explica mejor. Por eso, aunque en forma menor que en Galileo o Newton, hay también en Descartes un recurso a la observación y la experiencia, y él mismo se aplicó a algunas primigenias investigaciones experimentales. En especial le interesó cómo funciona esta máquina que es nuestro propio cuerpo y los organismos animales. Vilaró destaca que Descartes “adopta aquí el punto de vista que irá predominando poco a poco durante la Edad Moderna; la concepción hipotética de la ciencia que insinuó Galileo”. (195) Líneas mas adelante, Vilaró enfatiza: “El abandono de la concepción demostrativa o axiomática de las ciencias por la concepción hipotética actual ha sido muy gradual y vacilante durante toda la Edad Moderna, y aún hoy encuentra opositores”. (195)

Crítico del racionalismo cartesiano no lo es menos de los aspectos racionalistas que encuentra en Kant. El filósofo de Königsberg aprende del empirismo humeano la importancia de la experiencia sensible. Y de hecho, sin atención al dato sensible, dice Kant, nuestros conceptos serían vacíos. Pero en el apriorismo percibe Vilaró que se exagera su lado racionalista. “Es cierto

que la razón es un componente necesario del proceder científico, pero no es el único. Kant exagera la importancia del componente racional de la ciencia y vuelve así a caer en la Antigua idea de la ciencia como saber demostrable deductivamente”. (246) Sobre todo, Kant concluye que la razón no encuentra sino lo que ella misma ha puesto. La conclusión de Vilaró es enfática: “En suma, la perspectiva filosófica que estos apuntes intentan exponer (no demostrar) junto a otras, plantea que el conocimiento científico no es totalmente racional ni racionalizable. Según él las ciencias solo llegan a alcanzar lo que parece más razonable dentro de ideas siempre hipotéticas, en el contexto evolutivo de cada época”. (246)

La crítica del realismo científico o metafísico y del racionalismo deductivista es, pues, en esta obra, radical. Podemos decir que Vilaró prefiere lo que denominaré un método hipotético-inductivo. Casi siempre se ha hablado de método hipotético deductivo, pero dada la crítica constante de Vilaró al deductivismo, me parece que es preferible hablar de método hipotético inductivo. (De hecho el importante manual de Moulines y Díez, *Fundamentos de filosofía de la ciencia*, denomina el método científico, en forma un tanto barroca, como método hipotético-deductivo-inductivo). Después de presentar la crítica de Hume a la inducción, Vilaró concluye. “Si la inducción conserva aún para nosotros algún valor, entonces ha de tener alguna base más objetiva. Los filósofos posteriores a Hume, van a hallar esta base, enfocando el problema desde distintos ángulos. Un enfoque serio es el que toma en cuenta la probabilidad; hay efectos más probables que otros, y esto

no es caprichoso, sino probado en la experiencia. Claro que no podemos demostrar racionalmente probabilidades; pero sí podemos confiar en ellas con cierto fundamento razonable”. (243) Lo mismo sucede con la crítica que hace Hume a la sensación. “En las sensaciones existe algo que no podemos reducir a los esquemas o formas ‘lógicas’ de la razón humana, algo que escapa a la devastadora crítica del filósofo inglés. Se trata de las experiencias sensibles que los sentidos corporales nos ofrecen”. (238) Más adelante continua: “Queda, pues, abierta la posibilidad a una esperanza razonable de poder avanzar, con toda la precaución necesaria, hacia una forma de conocimiento más o menos hipotético del mundo que nos rodea y nos afecta. Y este es el fundamento de las ciencias de la naturaleza. Son ciencias empíricas, ciencias de la experiencia sensorial. Ciencias no demostrativas. Es posible, entonces, apostar por ellas, confiar prudentemente (no necia ni locamente) en ellas. Hay motivos razonables para hacerlo”. (238)

Este carácter prudencial y razonable de la ciencia no lo encuentra Vilaró en la filosofía de la ciencia de Aristóteles, pero sí en su filosofía de la razón práctica. “Él desarrolló este estudio en el terreno de la moral, porque consideraba los principios morales de la misma manera que hoy tratamos las proposiciones científicas; es decir, no como verdades absolutas, sino como afirmaciones más o menos probables”. Aristóteles aclara este procedimiento de la razón práctica en su famosa *Ética a Nicómaco*. Por eso sus procedimientos en este ámbito práctico pueden hoy utilizarse analógicamente en la aplicación del conocimiento teórico-

científico a casos particulares, y en la toma de decisiones o de elección entre hipótesis, teorías o ‘paradigmas’. De ello existen testimonios históricos”. (366)

La perspectiva de Vilaró es también histórica, pues usa con frecuencia el término kuhniano ‘paradigma’, aunque es claro que no hay una adhesión a la totalidad de la teoría de la ciencia de Kuhn. Paradigma y sistemas es otra expresión que es de la preferencia de nuestro autor. Al final del volumen hay una exposición simpática de la teoría de sistemas en la versión que da Bertalanffy. Bástenos la siguiente expresión “La filosofía de sistemas esta hoy en sus comienzos. Constituye una nueva perspectiva, o paradigma que intenta conocer mejor la realidades que somos y que nos rodea. Tiene como características valiosas el ser muy abierta a recibir e incorporar aportes de todos los ámbitos del conocimiento, el estar en estrecho contacto con las ciencias naturales y sus desarrollos; en especial es muy afín a las ideas del dinamismo y la evolución y, sobre todo, a la idea de ‘campos de fuerza’, la cual desde el siglo XIX no hace más que ampliar su influencia en las ciencias y la filosofía”. (360)

Aunque la visión que Vilaró nos da de la ciencia es la de un empirismo prudente, sin embargo, nuestro autor considera que la ciencia es una de las grandes conquistas de la humanidad y especialmente de Occidente. No podríamos abandonar la ciencia sin retrogradar a épocas de barbarie. Es verdad, reconoce también Vilaró, que la ciencia ha tenido aplicaciones de diversa

índole, muchas de ellas beneficiosas para la humanidad como en la tecnología; otras problemáticas como en la industria bélica. La ciencia misma no es moral, y necesita de la ética filosófica para ilustrarse acerca de los principios que le sirvan de guía. “Las ciencias no exigen por sí mismas la actitud ética hacia las personas (cercanas o lejanas), o hacia la sociedad en general, el medio ambiente o la civilización que los cobija a todos”. El conocimiento científico es el más objetivo que alcanza la mente humana, concluye razonablemente Vilaró. “Y la actividad científica llevada a cabo de un modo sincero y honrado, ha de valorarse como una actividad noble, altruista y beneficiosa”. (p. XVIII)

Como dije al inicio de esta reseña, celebramos la publicación de esta importante obra con la cual se enriquece la filosofía puertorriqueña. Una obra escrupulosa en el dato científico que informa, teórica y reflexiva en la filosofía que defiende y humanística en los valores éticos que la animan de principio a fin. Es también la obra de un profesor que ha enseñado el material, que tiene el dominio de él y que sabe exponerlo con claridad, precisión y entusiasmo. Mi más calurosa felicitación al profesor Vilaró.